

que mas por culpa de Francia que de España, dió su postrer aliento en el desventurado combate de Trafalgar, sin que le valiera ni la inteligencia ni el heroico comportamiento de nuestros marinos. Perdimos quince navios de línea; y como quien busca un consuelo, recordamos siempre que allí pereció el famoso almirante inglés Nelson. Pero la Francia no por eso renunció á seguir cobrando los millones estipulados. Era una acreedora sin entrañas. La catástrofe de 1805 fué una consecuencia del primer error de 1793.

En este tiempo la situación de la Francia habia cambiado. Aquella nacion que no habia podido soportar el cetro de un monarca se sometió á la espada de un soldado. La libertad habia anegado en sangre, y buscó un hombre que atajara la sangre, aunque ahogara la libertad. Desde el 18 brumario no se vió brillar en el horizonte de la república sino el fulgor de las bayonetas. Enmudeció la tribuna y solo se escuchó ya la voz del guerrero, á cuya voz se formó un cuerpo de treinta millones de hombres, que obedecian á un redoble de tambores. Aunque nombrado solamente Bonaparte primer cónsul, nadie dejaba de entrever por debajo del manto consular la corona imperial con que habia de ceñir sus sienes. Contenta la Francia con ver al cónsul obrar como emperador, no tardó en darle el título y la investidura. De otro modo, se la hubiera dado él mismo y la Francia hubiera callado. Napoleon emperador, sin dejar de ser general, se pone al frente de los ejércitos franceses, la Francia militar le sigue entusiasmada, y marchando de victoria en victoria, derrota ejércitos, deshace coaliciones, humilla monarcas, derriba solios, crea nuevos reinos, como antes habia creado repúblicas, y distribuye los tronos que su omnipotente voluntad va declarando vacantes. En el de Nápoles, donde se sentaba un Borbon, coloca á su hermano José. ¿Pensará en darle un ascenso? ¿Respetará el trono español este repartidor de coronas?

España no obstante continúa aliada del imperio, como lo fué de la convencion, del directorio y del consulado. Pero el príncipe de la Paz, á cuyas manos se hallaban confiados los destinos de nuestra patria, recela del emperador, medita cooperar á la destrucción del coloso aliándose con las potencias que guerreaban ya contra él, y publica una proclama apellidando á las armas á los españoles, sin nombrar en ella ningún enemigo. En hora fatal apareció el documento. Napoleon triunfaba en Jena de la cuarta coalición, y Berlin le abria sus puertas. Napoleon y el príncipe de la Paz conocen á un tiempo la imprudencia de la declaración. Godoy procura enmendar el yerro felicitando á Bonaparte por sus triunfos: Bonaparte se sonríe, decreta en su ánimo la ocupación de España, y sigue fingiéndose aliado. Y para fingirlo mejor pide un auxilio de tropas españolas. ¿Quién se atrevia negárselas? Una escogida division española fué trasportada á Dinamarca á las órdenes del emperador.

Triunfan las águilas francesas de las águilas rusas en Friedland, y se firma la famosa paz de Tilsit. Es el punto culminante de la fortuna de Napoleon. Ya queda desembarazado en el Norte para atender al Mediodía. A Inglaterra piensa destruirla con el bloqueo continental, monstruosa concepcion, que se tuviera por delito pueril, si no hubiera sido el pensamiento de un grande hombre, con el cual, sin embargo, acabó de aturdir la Europa, y puso en conflicto la tierra y los mares. A España, ¿quién podría pensarlo? no se atrevió el vencedor universal á acometerla de frente. Medita la empresa de Portugal, y hace á España tomar parte en ella como aliada del imperio. Ajústase el célebre tratado de Fontainebleau, por el que se partía el Portugal en tres trozos, como tantas veces se ha partido la Polonia, de los cuales uno se adjudicaba á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarves. El Pacto de familia parecia apretado con estrechos nudos, no ya entre dos Borbones, sino entre un Borbon y un Bonaparte. Con gusto lo hacia Carlos IV. ¿No se destinaba un nuevo principado para su querido príncipe, y no le daba Napoleon á él mismo el título pomposo de Emperador de las Américas? En su virtud las armas imperiales penetran en Castilla, las de Castilla en Portugal, allí unas y otras. Jamás bajo tan engañosa capa embozó un gran conquistador sus pensamientos. Eran los nuevos cartagineses que se fingian

hermanos para salir señores. Por lo menos tuvo España el privilegio que no habia tenido nacion alguna, el de que el gran Napoleon creyera necesario engañarla para sorprenderla.

Cuando Napoleon discurrea con Talleyrand cómo apropiarse el trono de los Borbones de España de manera que no diese el mayor de los escándalos á Europa, vienen las lastimosas escenas del Escorial en ayuda de sus designios. En el mismo palacio en que se representó el drama de Felipe II y el príncipe Carlos, se reproduce en la ocasion mas crítica otro parecido entre Carlos IV y el príncipe Fernando; con la diferencia que si hubo ahora mas benignidad, hubo tambien menos misterio, y reveláronse á la nacion flaquezas que deploraba, y á Napoleon discordias que servian grandemente á sus desleales proyectos. ¿Es cierto que se habia inspirado á Fernando el pensamiento de representar el papel de San Hermenegildo cerca de su padre? O era solo su objeto y el de sus instigadores derribar al favorito? Lo cierto es que se vió un monarca denunciando á la faz de España y de Europa al príncipe heredero, al padre y á la madre echando públicamente la ignominia del crimen sobre la frente del hijo, y al hijo implorando humildemente el perdon de sus padres: al soberano de España haciendo al emperador francés confidente de sus amarguras y como pidiéndole alivio y consejo, y al príncipe heredero solicitando de Napoleon á espaldas de su padre la proteccion imperial y la mano de una princesa de su familia, las dos cosas que necesitaba para ser feliz. Tampoco necesitaba mas el emperador para acelerar sus planes, aprovechando las debilidades del padre y del hijo.

Hallábanse á principios de 1808 en poder de los franceses y por traicion ocupadas las principales plazas de guerra, y Murat sobre Madrid. Y todavía ¡admirable candidez! el rey, el príncipe, el privado, la corte, el pueblo, todos ignoraban el objeto de aquel formidable aparato de fuerza. Doce millones de hombres fluctuaban entre el temor y la esperanza. No cabia en el corazon de la hidalga nacion española sospechar de un hombre tan grande como Napoleon una grande alevosía. A dos cosas estaba dispuesta; á imputar al valido Godoy los males que sobrevinieran y las miserias que presenciaba; á esperar del príncipe Fernando los remedios que deseaba y las reparaciones que apetecía. Aborrecía á aquel tanto como amaba á este. Así en el motin de Aranjuez Godoy fué el blanco de las iras del pueblo, Fernando el de sus aclamaciones. Cayó el valido, y abdicó Carlos IV por salvarle; que Carlos IV y María Luisa amaban mas al amigo que al trono. Fernando es proclamado rey de España.

Dos palabras de ese personaje en cuyas manos estuvieron los destinos de la patria durante todo el reinado de Carlos IV.

Nadie ignoraba el origen del rápido encumbramiento de Godoy y de su valimiento ilimitado. La reina no habia cuidado de acreditarse de circunspecta. Movia á lástima la bondad del rey.

Cuando Godoy firmó el segundo tratado de San Ildefonso en 1796, titulábase ya en él príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma y del estado de Albalá, grande de España de primera clase.... caballero de la insigne orden del Toison de oro, gran cruz de Carlos III (la que este monarca habia creado para premiar *la virtud y el mérito*....) primer secretario de Estado y del despacho, secretario de la Reina, superintendente general de correos y caminos, protector de la Real Academia de Nobles Artes.... capitán general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real cuerpo de guardias de Corps.... y otros muchos títulos menos importantes que hemos omitido. A poco tiempo se casó con una sobrina del rey. Despues fué generalísimo y gran almirante con tratamiento de Alteza. Faltábale una corona, y no anduvo léjos de ceñírsela, que á tal equivalia la partija que se le adjudicaba en la distribucion de Portugal. Fué el valimiento mas monstruoso de los tiempos modernos, y acaso en duracion no tenga ejemplar en los antiguos. Por lo menos tuvo la singularidad de ser indisoluble el afecto entre los reyes y el privado, de avivarse en la desgracia cuando se veian destronados los unos y perseguido el otro, y de deshacer solo la muerte el vínculo de toda la vida.

Al paso que el favorito acumulaba riquezas inmensas y

honores desusados, crecia el odio del pueblo hácia él, que siempre la odiosidad popular carga mas sobre la flaqueza del que acepta y recibe inmerecidos dones que sobre la fragilidad de quien los dispensa y otorga, acaso por la costumbre de considerar al dispensador abroquelado en la inviolabilidad de la ley, y al aceptante escudado solo con el favor, y por consecuencia mas vulnerable. Ello es que marchaban á la par el amor de los monarcas y el enojo del pueblo. Era Godoy como una medalla que representaba el bien y el mal, y á la cual los reyes miraban siempre por el anverso, el pueblo por el reverso siempre.

Pero aparte de lo odioso del encumbramiento, de la opulencia y de la privanza, ¿era el príncipe de la Paz el causador de todas las calamidades públicas? ¿Era como hombre de Estado tan de corazon avieso, tan de intencion torcida, de tan profunda ignorancia como le pregonaba entonces el pueblo y le ha dibujado despues la historia? ¿Se ha considerado para calificar sus transacciones diplomáticas la índole y calidad de los negociadores con quienes las habia? ¿Pudieron el clero, la Inquisicion y las órdenes religiosas, cuya reformacion habia comenzado y amenazaba llevar á mas lejano término, contribuir á acrecentar el desabrimiento hácia el privado, haciéndole extensivo al ministro? ¿Será cierto que soñó en un cambio de dinastía? Este hombre, á quien la fortuna se mostró locamente risueña por espacio de veinte años para darle despues cuarenta de ostracismo, en quien las plumas de los historiadores se han clavado como dardos que se arrojan á un cuerpo que se asatea sin pecar, ha hablado á su vez en propia vindicacion. Y aunque para nosotros las oraciones *pro domo sua* no justifiquen ni los desvanecimientos del hombre ni las faltas del gobernante, no dejan sus Memorias de derramar luz sobre muchos de los dramas de aquel tiempo, ó con tupido velo cubiertos, ó solo por un lado hasta ahora presentados. Los juzgaremos en nuestra obra con el desapasionamiento de quien los mira solo por el prisma de la severidad histórica.

Pocos monarcas habrán sido saludados por sus pueblos con mas entusiasmo que lo fué Fernando VII. El dia de su entrada en Madrid despues de la abdicacion de Aranjuez, el regocijo público no tenia límites. Era la embriaguez del gozo. Aquellas lágrimas de júbilo iban á convertirse pronto en lágrimas de sangre.

Comienza una larga cadena de reales miserias y de traiciones imperiales. Ruboriza leer las cartas de Carlos, de María Luisa y de la reina Etruria al gran duque de Berg, intercediendo por el *pobre Príncipe de la Paz*. Lastiman el alma las de Carlos y Fernando á Napoleon. Son dos litigantes que le buscan humildes por árbitro de su pleito. El árbitro no pronuncia. La España angustiada y congojosa despues de los primeros trasportes de alegría espera que salga una palabra de los labios del emperador para saber á quien piensa dar el derecho de reinar; si al padre ó al hijo. Napoleon en Bayona se asemejaba á esas serpientes que atraen con su hábito á los inocentes pajaritos para devorarlos. Reyes, príncipes, favorito, todos van donde el emperador los llama. Allí los dioses menores de España se prosternan ante el Júpiter del Olimpo europeo. A una palabra suya el hijo devuelve humildemente al padre lo que antes el padre habia cedido con poca voluntad al hijo, y ambos se desprenden del cetro de dos mundos para ponerle á los piés del señor de los reyes. Pero Napoleon es tan generoso que renuncia para sí el trono de España, y en uso de su omnipotencia le trasfiere á su hermano José, el rey de las Dos Sicilias. Le da el ascenso que habia meditado en la carrera de los tronos de su invencion. Abochorman las escenas de Bayona, y cuesta trabajo concebir tanta perfidia en uno, tanta debilidad y tanta degradacion en otros.

Por fortuna el pueblo tuvo mas firmeza y mas dignidad que sus príncipes. Y esta nacion, sin reyes, sin hacienda, sin marina, casi sin ejército, pues toda la herencia de Carlos III se habia ido disipando, se levanta imponente á proveerse á sí misma, á sacudir la coyunda que alevosamente se intentaba ponerle. Apuróse su paciencia; y resucitó el antiguo genio ibero con sus impetuosos arranques. Dióse el primer grito en Madrid el 2 de mayo, uno de los dias mas infaustos y mas felices que cuentan los fastos españoles. Al ruido de aquel primer

sacudimiento despertó el viejo leon de Castilla, de muchos años aletargado, y su rugido resonó en todo el ámbito de la Península, y á su eco fueron respondiendone una tras otra todas las provincias de la monarquía.

Dios permite á los hombres obeeccarse para perderse, cuando traspasan su mision sobre la tierra, y no habia trazado su dedo la geografía del continente europeo para que todas sus regiones obedecieran á un hombre solo.

Vínole bien al pueblo español el ser acometido con felonía, porque solo así pudo revivir con todo su rudo desenfado su independiente altivez. Si la empresa hubiera sido conducida con mas cordura por parte de Napoleon, tal vez hubiera sido coronada con otro éxito. Pero fué conveniente recibir un grande ultraje para que fuese terrible el escarmiento, y que el gran político cometiera el mayor de sus yerros al tratar de sojuzgar la España, para que se estrellara en esta tierra excepcional, de antiguo destinada á gastar la vitalidad de los grandes conquistadores.

Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni mas unánime ni mas imponente. Si alguna vez ha sido exacta la frase de que una nacion se levanta *como un solo hombre*, lo fué en esta insurreccion gloriosa. Un solo sentimiento movia como agente eléctrico todos los corazones. El movimiento, anárquico al nacer, se regulariza luego. Juntas locales de gobierno; junta central. Es la nacion que se gobierna á sí misma; es el reinado de la nacion. Se improvisan ejércitos; se organizan. Es la nacion que se defiende; es la nacion que se sacude. La lucha está abierta. Inglaterra, esa adversaria antigua de la España, cuya enemistad nos habia sido tan funesta en los mares, se convierte en aliada íntima, y viene á luchar tambien en nuestro suelo, porque le conviene tomar parte en toda pelea que tenga por objeto derrocar al coloso de la Francia. Portugal se alienta, y se levanta tambien. En cambio Napoleon hace trasportar á la Península el grande ejército de Alemania, desgarneciendone aquellos países. Vienen gentes de todas regiones. Hasta á los valientes polacos los trae á sellar con su sangre su renombrado ardor bélico bajo el cielo puro de Castilla. Extraño trasiego de naciones. Los ejércitos de las tres cuartas partes de Europa concurren á combatir á un pueblo pobre, pero heroico.

No se descorazonan los españoles en lid tan desigual. De las grandes ciudades, de las aldeas, de las cabañas, de los campos, de las escuelas y de los talleres, sale espontáneamente la juventud á engrosar las filas de los defensores de la patria; y cambiando el arado, el escoplo ó el libro de texto, por la carabina, el fusil ó la espada, corren voluntarios á la pelea, ó individualmente, ó en grupos, ó en cuerpos ya regimientados. Los sacerdotes predicaban la guerra en el púlpito, y empuñaban despues el acero con propia mano; se desnudan de la estola, y embridan el caballo de batalla, y acaudillan cuerpos armados, como en los siglos de la guerra con los musulmanes. Hasta las piedras parecia convertirse en combatientes, como de otros tiempos fingió la fábula.

La Europa atenta supo con admiracion que los triunfadores de Jena habian rendido sus espadas en Bailen, y que las legiones del vencedor habian dejado de ser invencibles en batalla campal. Los sitios de Zaragoza y Gerona anunciaron á los nuevos romanos que se hallaban en la tierra de Sagunto y de Numancia. Los nombres de aquellas dos heroicas poblaciones, tiempos y años andando, han sido invocados como tipos de heroismo en cualquier region del globo en que se ha querido excitar el ardor bélico y el entusiasmo patrio con memorias de alto ejemplo. Mientras tales lecciones daban las tropas regladas y los moradores de las ciudades, plagábanse los campos de *guerrilleros*, de esos soldados sin escuela, modernos Viriarios, de que tan fecundo dijimos ya en otra parte que ha sido siempre el suelo español: los cuales con rápidas y atrevidas maniobras, ingeniosas revueltas é inesperados ataques, diezaban pequeños cuerpos enemigos, ó embarazaban el paso á gruesas columnas, ó sorprendian convoyes, y con mil géneros de menudas hostilidades desesperaban á los famosos generales del imperio, que no hallaban medio de librarse de tan importunos acometedores, ni de evitar los descalabros y desperfectos que con tan singular estrategia

ocasionaban. ¡Desgraciado y sin ventura entre tanto el francés que por cualquier incidente se encontrara, en poblado ó en desierto, aislado y separado de su columna! ¡Cuántos sacrificó así el furor popular! El paisanaje, que en su ruda lógica no veía en el soldado francés sino al guerrero de la nación enemiga, lejos de inquietarle la idea de que perpetrase un acto de bárbara inhumanidad, persuadía de que ejecutaba una acción meritoria á los ojos de la patria, y aun á los ojos de Dios. Era el fanatismo religioso unido al sentimiento de la nacionalidad; y á un pueblo que obra á impulso de estas dos ideas no hay armas que le venzan ni ejércitos que basten á domeñarle.

Vióse Napoleon precisado á venir en persona á reanimar la guerra; y á dar aliento á los suyos; y sin dificultad grande, que no podían oponerla unas débiles tapias, se posesiona de la capital, donde queda su hermano José haciendo funciones de rey de España. No importa. También el archiduque Carlos de Austria en los tiempos del primer Felipe de Borbon se hizo aclamar rey de España en Madrid. Pero Madrid deja de ser la capital de la monarquía española desde el momento que la ocupa un usurpador, y no es sino un pueblo mas de que se ha apoderado el enemigo. La capital de los españoles está allí donde se encuentra su legítimo gobierno. Fuerza es, no obstante, confesar que la presencia y los triunfos del emperador llegaron á poner á España en situación hartamente apurada y angustiosa. De repente esta situación se trueca y cambia. El emperador retrocede de improviso del corazón de la Vieja Castilla, donde se había internado. Corre, avanza, vuela, quiere devorar las distancias, desaparece. Sigue en pos de él el grande ejército. ¿Dónde va? ¿Quién le llama? ¿Qué le impulsa? A los pocos días de hallarse en Astorga penetraba dentro de los muros de Viena. Con razón había despedido por empresa el águila quien la igualaba en rapidez.

Era que la voz de la Junta Central de España había resonado en apartadas regiones, y el Austria, oyendo su llamamiento, había vuelto á declarar la guerra á Napoleon. Otra vez vence allí. Cada jornada suya señala un triunfo. Pero España ha enseñado al mundo á resistir; su ejemplo ha sido contagioso; y Napoleon, que derrota ejércitos, encuentra por primera vez una resistencia fatigosa en las manos del pueblo alemán que han aprendido de los españoles á insurreccionarse, y las condiciones de la paz de Viena fueron ya menos duras que las de los tratados anteriores. Napoleon se desvaneció allá con sus nuevas glorias, mientras acá las iban marchitando sus ejércitos enflaquecidos y menguados.

En medio del incesante afán de la pelea y del ruido y estruendo de los combates, España ofrecía á los ojos del mundo otro espectáculo no menos grandioso y sublime, de distinta índole y naturaleza. Los hombres ilustrados del país, aprovechando el gran movimiento popular para regenerar políticamente la España, habían acordado dotarla de instituciones análogas á los progresos de la civilización y á las ideas del siglo. Y cuando en Francia habían pasado los sangrientos ensayos de la revolución, entonces se erigió en este extremo de Europa y en su punta mas occidental una tribuna, la única en todo el continente, en que hombres esclarecidos y vigorosos levantaban arrogantes su voz, y labraban el edificio de la libertad española. Era un cuadro magnífico y grandioso el de las Cortes de Cádiz, deliberando impávidas bajo el estruendo del cañon y al fulgor de las bombas enemigas. Allí, encerrados los representantes de dos mundos en una isla azotada por las olas de dos mares y circundada de mortíferas baterías, libertaban de sus trabas el pensamiento, proclamaban la libertad de la imprenta, y abolían la Inquisición, y elaboraban el código político que había de ser la ley fundamental de la monarquía: aquella Constitución que tantas vicisitudes estaba destinada á sufrir en el corto espacio de un cuarto de siglo, y que refundida despues, había de dar nacimiento á la que recientemente ha regido y á la que de presente rige el Estado. Obra de legislación no exenta ni de imperfecciones ni dificultades de aplicación, pero libro venerable como símbolo glorioso de desinteresado y heroico patriotismo, como la primera bandera de libertad que se enarboló en la España moderna.

Durante esta guerra nacional, Fernando continuaba siendo objeto de amor idolátrico para los españoles. Por él no había ni padecimientos que arredraran, ni sacrificios que dolieran ni tesoros ni sangre que se economizara. A pesar de sus renunciaciones bochornosas, la Central, la regencia, las Cortes, todos obraban á nombre del rey, todos deliberaban como poderes delegados del rey. El pueblo le conservaba la majestad de que él se había desposeído; la nación le guardaba la corona de que él se había desnudado. Disculpábase débil en Bayona, y absolvíale cautivo en Valencey. Era un rey que se desprendía de su reino, y un reino que no quería desprenderse de su rey. Fernando VII era rey de España y de las Indias á pesar suyo. El felicitaba á Napoleon por sus triunfos, y el pueblo se ofrecía en holocausto por él. El importunaba al emperador con el tema perpetuo de que le otorgara una princesa de su imperial familia para esposa, y la nación se afanaba por entregarle al regreso de su cautividad un reino grande, íntegro, regido por leyes mas justas, y por instituciones mas sabias que las que él había dejado.

Ni todas fueron derrotas para el enemigo en estos seis años de porfiada lucha, ni todos fueron triunfos para las armas españolas. Vióse, por el contrario, mas de una vez la España á punto de ser ahogada bajo el peso de aquellas infinitas masas de guerreros de casi todas las naciones europeas, de aquellas cohortes innumerables, conducidas por los mas expertos generales del imperio, que del otro lado del Pirineo de tiempo en tiempo desembocaban, en reemplazo de las que iban quedando sepultadas en este suelo, y que parecía brotar de un fondo inagotable como las olas del grande Océano. Pero jamás desmayó el denuedo español. Ni el número de los enemigos le imponía, ni le desalentaban los reveses, ni los peligros le arredraban, ni nada en ningun momento le hizo desfallecer. Crecía con los infortunios el esfuerzo, con los contratiempos la audacia, con los conflictos la fortaleza, la intrepidez con los apuros, con las contrariedades el valor. «No importa,» decía á todo. Y se entregaba á arranques impetuosos, se multiplicaban las acciones heroicas, menudeaban las hazañas, y la victoria se iba declarando por la causa de la justicia y por los animosos de corazón. Era el genio indomable de la resistencia, que venía heredado de los antiguos celtíberos; era aquella perseverancia infatigable, que desesperó á los romanos, que acabó con los sarracenos, y de la cual no sufría la altivez española que triunfaran los franceses. Hallóse pues Napoleon con los descendientes de los que habían peleado con Aníbal, con César y con Almanzor; y el vencedor de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland, se encontró con los hijos de los que habían vencido en Covadonga, en Calatañazor, en las Navas de Tolosa y ante los muros de Granada.

De caída iba ya en España el poder de Napoleon, cuando á la extremidad opuesta de Europa se oyó resonar otro grito de guerra. Era el eco de España que respondía también en Rusia. Allí acude el mayor capitán que han producido los siglos modernos, al frente del mas formidable ejército que han visto los siglos modernos también. Austria, Prusia, Dinamarca, Nápoles, la Italia entera, le han suministrado contingentes, y ha hecho una siega en la juventud de la Francia. Allí van las viejas bandas del imperio, que ha hecho salir otra vez de Castilla para trasplantarlas desde el abrasado clima del mediodía á las heladas regiones del septentrion. Cuatro veces en tres años han atravesado la Francia esos veteranos imperiales, cruzando los Alpes ó franqueando los Pirineos, teniendo que acudir alternativamente del Tajo al Rhin y del Rhin al Tajo, allí donde una necesidad mas imperiosa los llamaba. En su lugar tiernos reclutas, arrancados prematuramente á los brazos de sus madres, vienen á entretener á los cañones y bayonetas de España y á servirles de cebo, mientras él da cima á la gigantesca empresa que le llama al otro extremo del continente.

La Europa central avanza armada hácia el Norte á la voz de un hombre solo. Napoleon penetra con asombro del mundo hasta el corazón del imperio moscovita.... Dios permitió que el gigante que se lisonjaba de abarcar á un tiempo con sus brazos las dos mas opuestas naciones del continente euro-

peo, cometiera al querer conquistarlas los dos mas graves yerros de su vida... Medio millon de hombres quedó sepultado bajo las nieves de Rusia; medio millon de hombres halló su sepulcro bajo la luciente bóveda del cielo español. Allí lo hicieron los elementos; aquí lo hicieron los hombres. Allí el hielo del clima; aquí el ardor de los corazones. Los rusos buscaron por aliado al invierno, y esperaron á que el cielo se declarara contra el hombre de la tierra; los españoles pelearon cuerpo á cuerpo con los soldados de Bonaparte y los vencieron en buena lid.

En la mañana en que se dió la famosa batalla de Mojaisk, en que jugaron ochocientas piezas de artillería, recibió Napoleon noticias de España, y la dió por perdida. Y cuando despues del desastre de Moscú se coligó contra él toda Europa; cuando los ejércitos de la confederación amenazaban á su vez invadir la Francia; cuando todavía los restos de las columnas imperiales disputaban á los aliados el paso del Rhin, ya las tropas anglo-españolas habían franqueado el Bidasoa y perseguían á los franceses dentro de su propio territorio. Salvóse pues la España antes que la Europa. Cúpole la gloria de la iniciativa en la caída del gran coloso. Fué la primera en vencer á Napoleon.

Faltábale rescatar al real prisionero de Valencey, á su amado, á su idolatrado Fernando. Napoleon al eclipsarse su estrella se decide á reconocer á Fernando rey de España. Celebra primeramente con él un tratado de paz y amistad, y declara luego rey libre al que hacia seis años era príncipe cautivo. Fernando el *Deseadó* pisa al fin el territorio español.

Gran regocijo para España, que vuelve á ver á su ídolo, que tiene ya en su seno al objeto de sus sacrificios y de sus votos. Resuenan por todas partes cantos de júbilo. Las Cortes acuerdan erigir á orillas del Fluvíu un monumento que señale á la posteridad el día fausto en que volvió Fernando á los brazos de sus leales españoles. Una comision de diputados sale á felicitarle al camino á nombre de la representacion nacional. El rey esquiva recibirla. ¿Qué significa este desdeñoso desaire? Nótase irse formando un negro nublando en el horizonte de esta nación ébria de gozo. ¿De qué proceden y qué auguran esos síntomas fatídicos en la ocasion en que todos los corazones debieran rebosar de entusiasmo?

Pronto se aclara el misterio. Numerosas prisiones se están ejecutando en la capital de la monarquía. Llénanse las cárceles públicas: muchos desgraciados van á poblar hediondos y fétidos calabozos. ¿Quiénes son estos desventurados? ¿Son criminales á quienes no puede alcanzar la real clemencia ni aun en días de expansion y de olvido? ¿Son por ventura los que hayan tenido la desgracia de ser traidores á la causa nacional? No: son ilustres miembros de la regencia, son los ministros constitucionales, son los mas esclarecidos diputados de las Cortes, son los mas distinguidos hombres de letras, son la flor y la gloria de España. ¿Quién ha ordenado la prision de estos varones eminentes, que tanto se han afanado por entregar á su rey una nación grande, respetada, independiente y libre? Es Fernando VII rey absoluto de España, que tal se ha declarado á sí mismo. Publíquese el famoso y tristemente célebre Manifiesto de 4 de mayo. Aquellas Cortes y aquella Constitución que los soberanos de Rusia, Suecia y Prusia, habían reconocido solemnemente por legítimas, las declara el rey de España *malas y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo.*

El 13 de mayo de 1814 hace Fernando su entrada pública en Madrid por en medio de arcos de triunfo. La parte fanática del pueblo le victorea con frenesí; sollozos y lágrimas vertían las familias de hombres ilustres que gemían en calabozos.

«*Aborrezco y detesto el despotismo,*» había dicho Fernando en aquel Manifiesto célebre: *ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron despotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitucion lo han autorizado.*» Tras estas bellas palabras empeñaba la suya de gobernar con Cortes *legítimamente congregadas,* conforme á los antiguos y buenos usos del reino. Pero añadió á la ingratitud el engaño: y el que aborrecía y detestaba el despotismo, hizo enarbolar de nuevo el negro pendon inquisitorial abatido

en Cádiz, y lanzó á los mas ilustrados españoles á los presidios y á las áridas rocas de Africa. Tal fué el fruto que recogió la España de su gigantesco esfuerzo.

XVII

Triunfante la monarquía absoluta, pero difundidas las ideas de libertad; perseguidos, pero no desalentados los constitucionales; empeñada y no cumplida una real palabra; llorando unos la destruccion de lo pasado, y satisfechos otros con lo presente; empobrecida la nación con las profusiones antiguas y con los recientes dispendios de una guerra de seis años; apurado el público tesoro, y encomendada la administracion á manos inhábiles; insurreccionadas las colonias de América, y privada de sus recursos la metrópoli; disgustados muchos, exasperados algunos, contentos pocos, pásanse otros seis años del reinado de Fernando en sofocar conspiraciones y reprimir tentativas de los adictos al régimen constitucional.

Apeteciendo estos un cambio en la organizacion del estado, volvian naturalmente sus ojos al código de 1812, única bandera de libertad que entonces se conocía. No se pensaba en las imperfecciones, ni en si era el mas acomodado y aplicable á la situacion de España; y dado que se pensara en ello, olvidáranlo todo en gracia de simbolizar una época de glorias y de patriotismo mal correspondido. Este código era el que se invocaba siempre. Contestaba el monarca con cadalsos y con calabozos. Allí fueron á terminar una tras otra todas las tentativas.

Una insurreccion militar proclamó otra vez aquella misma constitucion, allá cerca de Cádiz, donde había nacido. Esta vez no pudo reprimirse el movimiento. Las ideas habían cundido, y las grandes poblaciones se levantaron en apoyo de la revolucion militar. La capital de la monarquía siguió el mismo impulso, y Fernando juró aquella misma constitucion que seis años antes había tan rudamente anatematizado. Hasta qué punto marcharan acordes en este juramento el corazón y los labios, la letra y el espíritu, la real conciencia y la real palabra, el juicio público lo caló pronto, y los sucesos lo mostraron despues mas claro.

Breve y efímero, agitado y proceloso fué este segundo período de gobierno constitucional. Todo conspiraba contra su afianzamiento. Las Cortes agriaron al clero y la nobleza, lastimando sus intereses y añejos privilegios con la ley sobre vinculaciones y la venta de los bienes monacales. El partido vencedor, embriagado con el gozo de haber pasado de los calabozos á las sillas del poder, de la roca Tarpeya al Capitolio, no supo contener el entusiasmo dentro de sus justos límites, y muchos se entregaron á ruidosas demostraciones y alharacas, y se propasaban á desacatos y desmanes que provocaban las iras de los vencidos, ofendian altos poderes, y predisponían á la venganza. Por su parte los realistas, ó llevados del fanatismo, ó instigados por las clases privilegiadas, comenzaron pronto á inquietar las provincias promoviendo la guerra civil, primero en pequeñas partidas armadas, en gruesas masas despues, y conspirando siempre daban ocasion á medidas violentas por parte del gobierno y de las autoridades, ó á demostraciones mas violentas aun por la del partido dominante. Las exageraciones de las sociedades patrióticas alarmaban á los tímidos y desabrian mas á los descontentos. Las sociedades secretas introducían el cisma entre los mismos amigos de la libertad. El gobierno estaba muchas veces en desacuerdo con las Cortes, á veces lo estaba con el trono mismo, y faltaba un poder moderador entre la corona y el elemento popular. Todo conspiraba; y acaso no era el menor de los conspiradores el rey mismo, que si no lo fué desde el instante de jurar la Constitución, por lo menos no le cogían de sorpresa ni las maquinaciones de dentro ni los designios de fuera.

No podía la Santa Alianza, en su vivísimo celo por el principio de la omnipotencia monárquica, consentir en España el triunfo de una revolucion que se habían apresurado á imitar Nápoles, el Piamonte y Portugal; y aunque la anarquía interior no hubiera dado tanto pretexto á la intervencion de las grandes potencias, creemos que de todos modos se hubiera